

En el invierno siguiente cayó mucha nieve, y tuvo la idea de construir una plaza fortificada. Napoleón fué el ingeniero en jefe que dirigió la edificación de las murallas y cuando decidiéronse á atacarla él fué el general de los asaltantes; pero á las bolas de nieve que servían de proyectiles á los dos ejércitos se mezcló alguna que otra piedra, por lo que varios alumnos resultaron heridos y los profesores hicieron cesar el juego.

Nos guardaremos muy bien de deducir grandes consecuencias de estos pequeños hechos, por otra parte muy poco probados; estamos persuadidos de que cosas por el estilo suceden á cada paso á muchos escolares que continúan después siendo hombres insignificantes.

II

Napoleón en Valence.—Imperfección de su educación.—Sus errores en política.—Napoleón de guarnición en Ausona.—Su debut como autor.—Imprime en Aviñón el folleto intitulado: «La cena de Belcaire.»—Revolución francesa: modo como se la considera en el extranjero.—Desórdenes en el interior.—Energía de la Convención.—Napoleón jefe de un batallón de guardia nacional en Córcega.—Se dirige á Tolón en calidad de comandante en jefe de la artillería.

Napoleón á los veintiuno ó veintidós años, debía ser muy diferente de lo que en París se conoce por un hombre amable, y fué gran suerte para él ser del agrado de madama de Colombier. Probablemente sus éxitos en París hubieran sido menos rápidos; júzguese que pensaba con fuerza y que tenía una *muy concisa lógica*. Había leído mucho. Su espíritu era vivo y pronto, su palabra enérgica. En Valence sobresalió y fué del agrado de las damas por sus ideas nuevas y orgullosas, por sus razonamientos audaces. Los hombres temían mucho su lógica y las discusiones á las cuales el convencimiento de su fuerza le arrastraba fácilmente.

Un oficial muy distinguido, pero del antiguo régimen, y muy amable, nos decía francamente un día en Berlín que nada le había asombrado tanto como ver á Bonaparte ganando batallas. De momento había creído que era otro oficial del mismo nombre, hermano de Napoleón. Por las relaciones que en Valence y más tarde en Ausona había tenido con éste, no le había quedado de él otra impresión que la de un charlatán entrometido siempre en interminables discusio-

nes y queriendo á toda costa reformarlo todo en el Estado. «Desde que presto servicio, he conocido á veinte charlatanes de esta clase,» añadía el oficial. En cuanto á su talento y á su figura, el primero estaba desprovisto de gracia y desembarazo, y por la segunda, á no ser su extrema singularidad, hubiera pasado por feo, pero le salvaba la simpatía de las damas. «Creo, decía el oficial de Berlín, que ellas estaban fascinadas por su mirada sombría y fija, á la italiana; se imaginaban, sin duda, que tal era la mirada de una firme pasión.»

Durante su estancia en Valence, Napoleón ganó un premio de la academia de Lyon, en la cuestión propuesta por el en aquel entonces célebre abate Raynal: *¿Cuáles son los principios y las instituciones necesarias á los hombres para hacerles lo más felices posible?* La memoria fué celebrada, pero el joven oficial, temiendo las pullas de sus amigos, creyó prudente ocultar su nombre bajo un pseudónimo. Además, esta memoria estaba redactada en estilo y principios de la época: las ideas generosas y novelescas iban acompañadas de una crítica incompleta y parcial de lo existente. Principiaba el autor por preguntar: ¿en qué consiste la felicidad? Consiste en gozar completamente de la vida, respondía él; gozar de la manera más conforme á nuestra organización moral y física. Cuando Napoleón fué emperador tiró al fuego su memoria, reconstruída después por los cuidados de Talleyrand.

El joven oficial de artillería hubiera podido tratar de una manera punzante por su originalidad una cuestión de la que tanto se ha ocupado la filosofía antigua, la sola que él hubiera podido estudiar. Pero, por desgracia suya y de la Francia, su educación había quedado muy incompleta. Excepción hecha de las matemáticas, la artillería, el arte militar y Plutarco, Napoleón no sabía nada. Ignoraba la mayor parte de las

grandes verdades descubiertas desde cien años acá, precisamente en este arte de hacer la felicidad de los hombres del cual acababa de ocuparse en su memoria.

Toda su superioridad tenía por base la facultad de hallar nuevas ideas, con una prontitud increíble, de juzgarlas con muy clara razón y de ponerlas en práctica con una fuerza de voluntad sin igual. Por desgracia, esta fuerza de voluntad podía ser eclipsada por un movimiento de sensibilidad.

Es por esto que en... de 1813, en las montañas de Bohemia, no quería librar batalla. Algún presentimiento interior ó algún presagio detuvieron á este gran hombre y le condujeron desgraciadamente á la necesidad de librar combate para llevar á buen fin la campaña y sustraerse á la evidente apariencia de las más groseras burlas.

No hay duda alguna que Napoleón había leído mucho durante su estancia en Valence, en Ausona y en otras ciudades, pero en esta alma ardiente y soñando siempre en el porvenir, los libros más serios no producían otro efecto en él que las novelas en las almas vulgares. Tales libros despertaban y excitaban sentimientos pasionales, pero ¿enseñaban grandes verdades, perfectamente demostradas, que pudiesen servir de base, en adelante, á la conducta de la vida?

Napoleón no había leído, por ejemplo, á Montesquieu, á quien es preciso leer para aceptar ó refutar resueltamente cada uno de los treinta y un libros de su *Espíritu de las leyes*, como tampoco había leído el *Diccionario de Bayle* ó el *Espíritu de Helvecio*.

No querría anticipar aquí cosas que más tarde serán contadas, pero para expresar claramente mi pensamiento, me veo obligado á añadir algunos ejemplos.

Muchos años después, cuando las discusiones del *Código civil* en el consejo de Estado, vióse á este potente genio deducir espontáneamente todas las

consecuencias de las verdades que MM. Threillard y Boulay (de la Meurthe) enunciaban delante de él; pero estas verdades nuevas para Napoleón no lo eran así para los cuarenta consejeros de Estado que asistían á la sesión.

También es verdad que, con una rapidez inimaginable, llegaba á consecuencias de alta precisión que ni Threillard ni Boulay habrían jamás entrevisto, y que, no obstante haber entrado tardíamente en el campo de la ciencia, con todo el buen sentido de un hombre maduro, no se dejaba nunca vencer por los pequeños prejuicios de que está repleta toda ciencia aún bien cimentada. Un ejemplo de ello es la discusión sobre el divorcio y la referente á los testamentos (1). Threillard y Boulay quedaban á su vez asombrados ante estos destellos geniales tan nuevos, que Napoleón defendía con firmeza.

En la ordinaria conversación del Emperador nunca se traslucía su ignorancia. Desde luego dirigía su conversación con destreza puramente italiana sin que jamás ningún atolondramiento pusiera al descubierto su incultura. (2)

Puede pues afirmarse que respecto á la *ciencia de gobernar* (la que era la más indispensable á Napoleón), la educación de este gran hombre era nula. En cuestión de gobierno, no sabía más de lo que un general, que hace maniobrar sus tropas:

Por entusiasmo por la patria,
 Por honor,
 Por miedo al castigo,
 Por amor propio ó interés de vanidad,
 Por interés de dinero.

(1) Consúltese Locré, que esclarece las maneras de decir del Emperador; consúltese asimismo Thibaudeau.

(2) Esta destreza se encuentra admirablemente en la conversación de los salvajes siempre atentos á la opinión que pueden dar de sí mismos.

Es evidente que de todos estos *motivos de acción* ninguno de ellos tiene su origen en la inclinación ó modo de proceder del que obedece ni en la opinión que éste pueda tener de la legitimidad de las órdenes del que manda.

En una palabra, Napoleón supo hacerse obedecer como general, pero no supo gobernar como rey, y yo atribuyo la imperfección de su genio en este punto únicamente á la ausencia total de educación primaria.

Cuando Napoleón necesitó de ideas buenas para el gobierno de Francia vióse obligado á inventarlas; pero, por desgracia, sentía en primer término una repugnancia personal por la escuela liberal y en el segundo, necesitó amenudo de la experiencia personal para ver las verdades más fundamentales que ya hacía treinta años que estaban descubiertas. (1)

La conspiración de Mallet, en Octubre de 1813, le hizo ver, quizá por primera vez, que no obstante creer aquél hacer *monarquía* en provecho de la Francia y de su hijo, no había hecho otra cosa que *poder*. Quizá no llegó nunca á comprender que tanto lo moral como lo físico se apoyan en la resistencia y que cuanto menos resiste en la ocasión una institución política menos existe en realidad. Así vió con ingénuo sorpresa que no existía ni el Senado, ni el archicanciller Cambacérès etc. etc. Nada más singular, á su vuelta de Rusia después de dicha conspiración, que su sorpresa al ver que el Senado no había hecho nada, aún á pesar de haber sucedido lo mismo con los sabios como M. Frochot, prefecto del Sena y de ver que todas las miradas no estaban dirigidas en aquellos instantes hacia el rey de Roma, etc.

(1) Por Delólme, Montesquieu, Beccaria y leídas en 1837 en Bentham. En 1809, en Landshut, un ministro reprendió á un oidor porque leía á De olme.

No obstante, me atrevo á afirmar que habían veinte mil oficiales en su ejército por encima de esta pueril ilusión: que, de sucederse el caso, se pensaría en el rey de Roma.

Apesar de lo que se haya dicho de él, cuando su imaginación se entregaba á uno de sus más predilectos placeres, el de sumergirse en las divagaciones sobre el porvenir (1), se hacía una ilusión completa acerca el papel del futuro rey de Roma. Como se veía superior á todo cuanto había existido desde muchos siglos, como sentía un verdadero amor por Francia, un amor que las almas vulgares de los reyes, sus predecesores, no habían jamás experimentado, se figuraba que las reglas inmutables de la naturaleza del corazón humano cesarían de surtir efecto cuando después de su muerte, el rey de Roma, su hijo, no tendría otro recurso que ampararse en la fuerza de su título ó en la de su genio.

Jamás supo ver que este niño, mal educado por seres elegantes y necios, como todos los príncipes, no encontrando en el corazón de los franceses nada de la antigua costumbre de obedecer á su raza, no sería más que una *zarpa* en manos de unos cuantos osados generales.

Napoleón no supo ver que para dar autoridad al rey de Roma, privado de su padre, era preciso renunciar, ya en vida, á una parte de su poder y permitir la formación de algunos cuerpos políticos.

Pero él estimaba el poder porque hacía buen uso de él y amaba el bien rápidamente operado; toda discusión ó deliberación retardante le parecía un mal.

Falto de instrucción, no vió jamás el ejemplo de Carlomagno, otro gran hombre al cual nada sobre-

(1) Conversación con el conde Daru, en el Kremlin, en Septiembre de 1812.

vivió, y á quien por otra parte no conocía más que por las pobreza académicas de M. de Fontanes (1).

Ignorando por completo, por no haberla leído, la historia del siglo último, la de Richelieu y de Luis XIV, no vió que antes de la Revolución, un rey no reinaba en Francia sino con la condición de apoyarse en la nobleza y en los parlamentos y sobre todo en la antigua costumbre que tenían los franceses de no dudar jamás de la legitimidad de su autoridad.

No pudiendo crear en pocos años costumbre antigua alguna, no supo ver que, desde la Revolución de 1789, el príncipe que no se apoyaba en una Cámara no conservaba su poder más que por el miedo que podía inspirar su ejército ó por la admiración que se tuviese por su genio.

En una palabra: como por un defecto deplorable de su educación primaria, la historia no existía para él; no tuvo otro conocimiento de los hechos que los que había visto por sus propios ojos y aún los veía á través del miedo que le inspiraban los *jacobinos* y de su amor y su debilidad por el arrabal Saint-Germain.

Me ha sido preciso explicar todos estos hechos, relativos á Napoleón emperador, para evidenciar lo que era la tan ensalzada educación de Napoleón, teniente de artillería. No sabía ni ortografía, ni latín ni historia. Todo fué extenuación en la decadencia final de la monarquía de Luis XIV, en 1785; todo, hasta la instrucción pública. En tan estrechos límites, puede decirse que el retorno de los jesuitas había sido un mal; en tiempos tales todo cambio es un mal.

Fué preciso abandonar Valence y el amable salón de madama Colombier para ir de guarnición á Auso-

(1) Presidente del Cuerpo legislativo y director de la Universidad, amigo de Elisa Bonaparte.

na, pero antes, Napoleón hizo una especie de viaje sentimental á Borgoña acompañado de M. Desmazys.

En Ausona fué donde, por primera vez, Napoleón dióse el placer de hacer imprimir una obra suya: *La Carta de Bonaparte á Matteo Buttafoco*.

M. Joly, impresor de Dôle, cuenta que este volumen salió de sus prensas en 1790; Napoleón tenía entonces veintiún años y era teniente del regimiento de La Fère, de guarnición en Ausona. Acompañado de su hermano Luís Bonaparte, al cual, en aquellos tiempos, enseñaba matemáticas, Napoleón fuése á Dôle á encontrar á M. Joly; la obra fué impresa por cuenta suya en número de cien ejemplares que remitió á Córcega, dando así un golpe mortal á la popularidad de Buttafoco. Es un folleto satírico, estilo Plutarco; su forma es á la vez ingeniosa y sólida; se le creería escrito en 1630 y en Holanda.

Napoleón corregía el mismo las últimas pruebas; salía de Ausona á las cuatro de la mañana á pié para Dôle; después de haber visto las pruebas tomaba en casa de M. Joly el desayuno, frugal en extremo, y antes del mediodía ya estaba, de vuelta, en su guarnición, después de haber hecho ocho leguas de camino.

Bonaparte había escrito una obra que habría podido ocupar dos volúmenes, sobre la historia política, civil y militar de Córcega. Invitó á M. Joly á que fuese á Ausona á verle para tratar de la impresión; M. Joly fué allí en efecto y encontró al joven oficial alojado de la manera más exigua: Bonaparte ocupaba un cuarto modestísimo en el cual había solamente como á mobiliario una cama sin cortinajes, dos sillas y una mesa, junto á una ventana, llena de libros y papeles. Su hermano Luís dormía en el suelo sobre un colchón, en un cuarto contiguo. Acordóse el precio de la impresión de la *Historia de Córcega*; pero el autor esperaba, de un momento á otro, una orden

que debía hacerle dejar la guarnición de Ausona ó quedarse en ella definitivamente. La orden llegó al cabo de unos cuantos días; el joven Bonaparte partió y la obra quedó sin imprimir.

Cuenta M. Joly que se había confiado al firme oficial el depósito de los ornamentos del capellán del regimiento, que acababa de ser suprimido. *Si no ha oído usted aun misa*, dijo á M. Joly, *yo se la diré*. No obstante, habló siempre muy decentemente de las ceremonias religiosas.

Tres años después, en 1793, Bonaparte, capitán desde hacía dieciocho meses, pasó á Belcaire, donde se encontró el 20 de Julio en una posada, con varios negociantes de Montpellier, de Nimes y de Marsella. Armóse una discusión sobre la situación política de Francia; cada uno de los concurrentes tenía una opinión diferente.

A su vuelta de Aviñón, Bonaparte escribió un folleto que intituló *La cena de Belcaire*, que hizo imprimir en casa Sabin-Tournal, redactor é impresor del *Courrier d'Avignon*. La obra no produjo, en aquel entonces, ninguna sensación; pero cuando Bonaparte fué nombrado general en jefe, un tal M. Loubet, que había conservado de ella un ejemplar, dió cierta cantidad para que éste fuese firmado de mano de su autor. El opúsculo ha sido reimpresso en casa de Pan-kouke (1).

En el apéndice destinaremos algunas páginas á cada uno de estos dos folletos. Su estilo es pesado, los giros de frase son alguna vez irregulares; hay algunos *italianismos*; pero todo esto no impide ver en el autor un singular carácter.

Estoy en la tentación de admitir que muchas damas habían atribuido cierto grado de ligereza al ca-

(1) *Obras de Napoleón Bonaparte*, 4 vol. en 8.º, T. I, 1821.

rácter sombrío y reflexivo del joven oficial corso. Se le encuentran algunos rasgos de galantería y buen humor hasta los tiempos difíciles del mando del ejército de Italia, después de los cuales ya no se halla en él más que meditación y gravedad. Napoleón sentía entonces el deber de ser un hombre excepcional.

Durante estos entretenimientos de niño la revolución se efectuaba; hubo muchos casos de desertación en la artillería, pues el partido aristócrata se obstinaba en hacer pasar el Rhin á los oficiales de esta arma. Esto sucedía en aquellos tiempos en que la nobleza se imaginaba que el pueblo francés, abandonado por los oficiales, no sabría hacer la guerra por sí solo.

Los emigrados se reunieron en Coblenz. Eran tan obstinados y se han mostrado después tan amables en el modo de demostrar á los extranjeros como un francés sabe soportar la desgracia, que no podemos indignarnos contra sus proyectos de aquella época; no obstante, eran crueles y aún cien veces peores que los fusilados de Ney, los hermanos Faucher, ó el coronel Caron (1).

En el mismo momento en que los emigrados se reunieron en Coblenz, comenzó la famosa coalición que acabó por entrar en París en Marzo de 1814 (2).

El origen de esta célebre liga es aún bastante oscuro, puesto que no ha tenido un carácter serio sino á medida que ha ido creciendo el miedo inspirado al pueblo francés por las locuras de los reyes. Pueden hallarse, si se quiere, las primeras manifestaciones de la coalición en las conferencias que en Mantua tuvo el emperador Leopoldo con el conde de Artois, después de Carlos X. Desde luego, el orgullo del joven prin-

(1) Véase *Memorias* de MM. Fauche-Borel, Bertrand de Molleville y otros, publicadas en tiempo de la Restauración.

(2) Dicha coalición cometió la torpeza de no proclamar á Napoleón 2.º, que hubiera impedido el nacimiento de la libertad de la prensa tan funesta para los reyes

eipe no consentía en pedir socorro más que á los reyes que tenían el honor de estar ligados con él por algún lazo de parentesco, como eran los reyes de España y Cerdeña y el emperador de Austria.

Leopoldo propuso un congreso á la asamblea nacional, la cual no respondió sino declarando traidor á la patria á todo francés que se rebajase á discutir las leyes de su país en un congreso extranjero. Se tenía entonces el reciente ejemplo de Polonia.

En pasadas ocasiones, Luis XV había socorrido á Gustavo III, rey de Suecia, proporcionándole algunas fuerzas para que pudiese destruir la constitución de su país y hacerse rey absoluto. La delicadeza monárquica de los emigrados creyó procedente que este príncipe debía devolver á Luis XVI en parecidos términos el servicio que le había prestado antes su antecesor.

Pero Gustavo fué asesinado y Federico-Guillermo, rey de Prusia, colocóse, no se sabe cómo, al frente de la liga anti-francesa. Inglaterra y Rusia aprobaron esta conciliación, la primera por odio á Francia, que acababa de ofenderla en América y la segunda por intereses más directos. En el momento en que los gritos de libertad esclataron en París, que fué más tarde capital del mundo, é hicieron temblar á los reyes de Europa, Prusia y Suecia acababan de armarse contra Rusia. Su objeto era salvar á Turquía invadida entonces por las fuerzas combinadas de José II y Catalina.

La hábil Catalina se maravilló del temor de los reyes del mediodía, que iban á entregarle los restos de Polonia.

Los ejércitos franceses se dejan traicionar y derrotar (Abril 1792) por un puñado de alemanes bajo las órdenes de Beaulieu, que debía ser, cuatro años más tarde, el primer general vencido por Napoleón.

Tres meses después de esta primera catástrofe los

ministros de Luis XVI pónense de acuerdo con el duque de Brunswik, que, partido de Coblentz, penetra en Champagne al frente de sesenta mil prusianos y diez mil emigrados. Su famoso manifiesto, por el que se le castigó después de la batalla de Jena, amenazó con pasar á fuego y sangre la Francia entera. M. Bertrand de Molleville, en esta época ministro de marina y confidente de Luis XVI, pónese de acuerdo con el duque de Brunswik, general en jefe del enemigo (1).

El pueblo responde á esta traición el 10 de Agosto: al rey es destronado.

Pronto el desfiladero de Argonne ve la primera victoria del pueblo francés, y principia entonces el gran drama, que, para nosotros, acaba en Waterlloo.

Hacia muchos siglos que no se había visto á una nación batirse, no para cambiar de rey, sino por su libertad; y lo que más aumenta la sublimidad del espectáculo es que el entusiasmo de los franceses no fué secundado ni por la religión ni por la aristocracia.

La parte más heroica de este drama, la que exigió el genio de Danton y al mismo tiempo el sacrificio de tantas víctimas inocentes, tocaba á su término, cuando en 1794, época del sitio de Tolón, Napoleón entró en escena.

Desde hacía tiempo, la diplomacia inglesa se había puesto al frente de la coalición, dirigiendo, casi puede decirse á su antojo, todas las potencias de Europa y tramando muchas traiciones en el interior de Francia.

A tanta habilidad la Convención opuso su formidable energía; hizo un serio llamamiento á todos los corazones generosos.

(1) Véase la historia de todo lo anterior al sitio de Tolón en la colección de MM. Roux et Bouchez, 36 vol. ó en la Historia que será extraída de esta colección.

Hubo un momento en que la situación de Francia pareció desesperada. De los Alpes á los Pirineos, del Rhin al Océano, del Ródano á las riveras del Loira, la bandera tricolor retrocede.

La Vendée arde y sesenta mil realistas pueden marchar sobre París. Burdeos, Lyon, Marsella y Caén, se sublevan contra la Convención.

Por su número, inferiores en todas partes y desorganizados, los ejércitos republicanos, sin jefes capaces, esperan el golpe que debe anonadarles.

Todas las combinaciones de la inteligencia humana parecen anunciar una caída horrible y próxima; la civilización va á retroceder en Europa.

Pero los montañeses alejan á los girondinos y redoblan su energía. Carnot, Prieur, Dubois-Craucé, dirigen los movimientos militares; Danton hace decretar que todo soldado que abandone la bandera será castigado de muerte. Valenciennes y las plazas fuertes dan á la audacia de Danton el tiempo de electrizar á Francia.

Este momento es el más bello de la historia moderna.

El 23 de Agosto de 1793, la Convención decreta el reclutamiento en masa de los franceses y cinco días más tarde la suspensión de la Constitución y el establecimiento de la *Dictadura*, llamada *Gobierno revolucionario*. Y lo más singular es que esta dictadura no es ejercida por un solo hombre, sino por lo que hay de más enérgico en todos.

Apenas hecho público este decreto, se esperece la nueva fatal de la entrada de los ingleses y los españoles en Tolón; Napoleón vá á aparecer.

Barrère hace decretar el establecimiento de doce tribunales revolucionarios pedidos por la *Comuna de París* para juzgar á los traidores. Un millón de hombres se precipita sobre los coaligados y logra por fin rechazarlos enteramente. Los soldados aman á su

patria, los oficiales están inducidos por el honor y por los más diversos sentimientos; varios de ellos son antiguos nobles.

Sería un absurdo pedir circunspección y moderación á un hombre loco de cólera que procura salvar su vida batiéndose contra los repetidos golpes de veinte enemigos suyos. Hé aquí, pues, lo que olvidan los pequeños escritores modernos, nacidos en una época de hipocresía y de tranquilidad, y que buscan, por otra parte, hacer fortuna.

Al principio de esta gran guerra de la Revolución, debido al reclutamiento de nuevos cuerpos y á las bajas que la emigración ocasionaba en los antiguos regimientos, el ascenso era muy rápido. Napoleón, capitán el 6 de Febrero de 1792, partió para Córcega á principios de 1793. Acababa de hacer imprimir en Aviñón la *Cena de Belcaire* y había aceptado el mando de un batallón de guardia nacional corsa que estaba destinado á una expedición contra Cerdeña.

El 12 de Febrero de 1793, el almirante Truguet se detiene frente á Cagliari, capital de la isla, pero anunciada desde hacía seis meses la expedición de Cerdeña, los franceses son recibidos á balazos; rechazados continuamente, fáltales valor, y pierden una embarcación, viéndose obligados por fin á regresar á Tolón. Esta expedición es una de las más ridículas de las llevadas á cabo por la República.

En esta época, Pascual Paoli gobernaba en Córcega; había sido nombrado teniente general por Luis XVI y enviado á la isla; pero al ser en ella hizo traición al país al cual había jurado fidelidad de la manera más enfática y trabajó en favor de los ingleses.

Fué probablemente entonces cuando viendo al joven Bonaparte organizar su batallón, dijo la tan celebrada frase en Córcega:

«Este joven está moldeado á la antigua; es un hombre de Plutarco.»

La revolución intentada por Paoli le había desde un principio interesado por la grandeza del espectáculo y por la influencia que pudiese ejercer sobre su suerte. Una de las grandes ventajas de este talento era que estaba exento de toda puerilidad. Un hombre de veinticuatro años adivina doscientas cosas por año; Napoleón solo adivinaba una: *el amor á la gloria*.

Cuando á una edad más avanzada volvió Napoleón á ver la isla de Córcega, juzgó sanamente acerca las relaciones de este país con Francia. Después de quince años de un apasionado odio, solo le resta de éste el uso de su reflexión profunda y el hábito de no confiarse á los hombres que le rodean.

A su vuelta de la mencionada expedición, en la que Napoleón había visto claramente el ejemplo de los ridículos militares, volvió á ingresar en la artillería, con el grado de jefe de batallón. Se había encontrado en Córcega con su familia arruinada, volvía á Francia con su grado por toda fortuna y tenía veinticuatro años.

¿Qué pasaba entonces en esta alma ardiente? Yo descubro en ella:

- 1.º La conciencia de sus propios esfuerzos;
- 2.º La costumbre de ser incapaz de distracción alguna;
- 3.º La facilidad de emocionarse profundamente por una palabra conmovedora, por un presagio, por una sensación; y
- 4.º El odio al extranjero.

Napoleón, que acaba de ver á su familia sumida en la miseria, siente más que nunca la necesidad de hacer fortuna, ya sea en Francia, ya sea en Oriente.

Entrando en París, como jefe de un batallón de artillería y observando en su derredor, Napoleón vé

una furibunda asamblea, encargada de la conducta de una gran guerra y buscando talentos por todas partes. Así es como razona para sí mismo: Yo también seré uno de los jefes, pero la carrera militar conduce amenudo á horrorosos peligros. En la convicción de estar rodeada de traidores, en su impotencia para juzgar el fondo de las cosas, la Convención nacional envía al patíbulo á todo general que se deja vencer ó que no obtiene una victoria completa.

De repente se esparce la noticia de que Tolón ha sido rendida a los ingleses (Septiembre de 1793). Napoleón, que acaba de llegar de Marsella y conoce el mediodía, es enviado al ejército apostado frente á la plaza, para dirigir la artillería.

Para bien de la república los coaligados no reconocieron la importancia de la conquista de Tolón. No vieron en ella más que una plaza fuerte que defender, mientras que su posesión podía ejercer una influencia inmensa en la conducta general de la guerra; constituía nada menos que una base de operaciones para un ejército enemigo obrando en el mediodía de Francia.

Una de las grandes ventajas en favor de la libertad fué la inhabilidad general en la dirección del numeroso ejército de los coaligados; en otros términos, á excepción de William Pitt ningún hombre de talento existía entre ellos.

La Francia, que buscaba hombres en todas las clases de la sociedad, encontró genios en aquellas posiciones que de ordinario no dan más que abogados ú oficiales subalternos. Si Luís XVI hubiese continuado en el trono, Danton y Moreau hubieran sido abogados; Pichegru, Massena y Augereau, suboficiales; Dessaix y Kléber, capitanes; Bonaparte y Carnot, tenientes coroneles ó coroneles de artillería; Lannes y Murat, sombrereros ó administradores de

correos. Siéyès hubiera sido vicario y Mirabeau, á lo más, un agente de negocios ó un caballero de Eon.

A fines de Agosto de 1793, cuando los representantes del antiguo régimen, que gobernaban en Tolón, resolvieron rendir la armada y la ciudad á los coaligados, Lyon había arbolado bandera blanca; la guerra civil había sido mal extinguida en Languedoc y en Provenza; el ejército español, victorioso, había pasado los Pirineos y ocupado el Rosellón, y con éste, el ejército piamontés había franqueado los Alpes y se hallaba ya á las puertas de Chambéry, á tres jornadas de Lyon.

Si treinta mil ingleses, sardos, españoles y napolitanos, se hubiesen juntado en Tolón á los doce mil federados, este ejército de cuarentidós mil hombres hubiera podido muy bien, con tan importante base, remontar el Ródano y llegar hasta Lyon; y entonces se hubiera juntado por la derecha al ejército piamontés y por la izquierda al ejército español.

Pero puede muy bien afirmarse que, en aquella época, las ideas guerreras que las campañas de la Revolución hicieron nacer entre nosotros, hubieran pasado por quiméricas á los ojos de los viejos oficiales que dirigian los ejércitos de la coalición. Los de sólida instrucción no conocían más guerras que las de Federico II, durante las cuales las operaciones de un cuerpo de ejército dependían siempre de los movimientos posibles de la *boulangerie*. Ninguno de ellos, para dicha de Francia, tenía el menor esplendor de su genio y por tanto decidía casi solamente de las batallas la casualidad.

Como el objeto de estas líneas es hacer que se conozca á Napoleón y no relatar los acontecimientos de su vida en estilo académico, me resuelvo á insertar aquí el relato del sitio de Tolón, tal como lo describió este gran hombre. Lo mismo haré con la campaña de Italia, sostenida desde el 10 de Abril de 1796

hasta el 12 de Mayo de 1797; es decir, que después de haber descrito las batallas minuciosamente, transcribiré los largos relatos dictados por Napoleón en Santa Elena. Así, una cuarta parte, aproximadamente, de los dos primeros volúmenes, será copiada de las obras de Napoleón.

Nada hubiera sido más fácil que aprovecharse de estos relatos, abreviándolos; se hubiera evitado una crítica fácil de hacer. Es necesario, dicese, sacar partido de las notas de Napoleón, como Rollin lo saca de Tito-Livio en su Historia romana. Esta manera de obrar me hubiera parecido un sacrilegio. Según pienso, una historia de Napoleón, que no detallara la campaña de Italia, tal como este gran hombre la ha escrito, no podría pretender hacer conocer su carácter, su manera de considerar el infortunio, su manera de ver los hombres y las cosas.

Sucedió todo lo contrario de 1800 á 1814, en que Napoleón quería hacerse y conservarse emperador, hallándose en la necesidad de mentir constantemente. De los relatos de esta segunda época, no tomaría yo veinte páginas.

Otro motivo me ha inducido á transcribir los relatos que ha dado Napoleón de sus principales batallas. He considerado que el lector que no conocía á Napoleón más que por la mayor parte de historias acerca de este gran hombre publicadas hasta hoy, viene obligado á confesar su admiración por su talento para la guerra.

Así pues, he creído que no era en nada imposible *relatar* sus batallas y hacer que el lector no militar las comprendiera igualmente. Antes de 1790, una historia en esta forma hubiera resultado imposible; el estilo francés no admitía, en aquella época, para las batallas más que las frases elegantes del abate Vertot ó el estilo pueril de Voltaire.

Hoy día creo que la gran dificultad en literatura

consiste en tener una idea límpida. Cuando se posee esta condición y se quiere renunciar del todo á la gloria del estilo enfático, puede estar seguro el escritor de que será seguido por sus lectores. Así pues nada más fácil que formarse una idea clara de Rivoli.

Me atrevo á esperar que, con ayuda de un mapa de Italia de diez francos, el lector se hará cargo de las batallas de Castiglione, Arcole y Rivoli, que impidieron á los austriacos socorrer á Mantua y que forman, por decirlo así, la base de la campaña de Italia.

He titubeado mucho tiempo antes de transcribir la larga reseña del sitio de Tolón: este sitio podía muy bien explicarse en seis páginas, pero,

1.º El lector puede pasar por alto, sin inconveniente alguno, el relato de Napoleón (1).

2.º La reseña de la primera victoria de este gran general parece en extremo curiosa.

3.º Por más que haya buscado en mis contemporáneos no he llegado á descubrir ningún error en el relato que se leerá á continuación. Sólo después de Lodi fué cuando Napoleón soñó en otra que en ser general de la República (2).

(1) *Memorias de Napoleón*, Tom. I, pág. 1.

(2) Véase *Cuatro palabras*.